

JESUCRISTO, EL HIJO DE DIOS

MIGUEL ÁNGEL ÁLVAREZ MIÑAMBRES, OSA

I. ¿EN QUIÉN CREEMOS REALMENTE?

La resurrección de Jesucristo y sus apariciones convoca de nuevo a los discípulos. Aquellos que habían huido tras la muerte en cruz del Maestro. El acontecimiento pascual pone en marcha la Iglesia. A partir de ahora ésta anuncia con su palabra y con su vida la fe en Jesucristo, el Crucificado y el Resucitado.

La pregunta sobre Jesucristo -« ¿quién es éste?»- no sólo se plantea en su vida terrena, sino que se traslada a cada siglo y a cada hombre. Quién es Jesucristo ha constituido siempre la pregunta fundamental del cristianismo. Pregunta insoslayable porque Jesucristo es el fundamento de nuestra fe y de nuestra vida.

Vivimos en un mundo en el que se hace necesario saber cuál es nuestra fe, que es lo que constituye el núcleo central de nuestra fe cristiano-católica. La confusión y el relativismo han hecho mella en nuestras conciencias como agujones que nos están sangrando y secando por dentro. No es difícil oír las más disparatadas afirmaciones en torno a Jesucristo, que están incidiendo de manera notoria especialmente en nuestros jóvenes. Ante tanto desconcierto ¿en qué creer o en quién creer? Las últimas encuestas realizadas a jóvenes confirman esta confusión de doctrinas y teorías. Por ejemplo, aquellos jóvenes que se consideran muy buenos católicos creen más en la reencarnación que en la resurrección o, a la vez que creen en el Dios revelado en Jesucristo, creen igualmente en fuerzas y energías incontrolables que influyen en todo el universo. Estos datos son una llamada de atención a analizar con seriedad qué tipo de formación estamos dando a nuestros jóvenes y no simplemente llevarnos las manos a la cabeza demonizándoles.

¿Son los jóvenes culpables de este maremagno de confusión? ¿Son los jóvenes los malos de esta película? ¿Son ellos los responsables últimos? No podemos echar balones fuera. Nuestros jóvenes son deudores del contexto, lugar y momento en que se hacen jóvenes. La aparente superficialidad que viven es consecuencia de las estructuras sociales en las que están inmersos. En nuestros jóvenes hay más profundidad de la que, a primera vista, se observa. Sin ninguna duda, es responsabilidad nuestra darles el tiempo suficiente y las estructuras necesarias para que se encuentren consigo mismos y puedan ahondar y echar raíces para nutrirse.

La cuestión no es que los jóvenes hayan dejado de creer, sino analizar en qué creen y por qué creen en

eso, y si esas realidades llenan su corazón y dan sentido a su vida. Ahí tenemos nosotros una tarea enorme de acercamiento, cariño, formación, testimonio de vida, felicidad y compromiso para con ellos, pero nunca de culpabilidad o apuntar con el dedo.

De esta urgencia nace esta reflexión que trata de analizar el significado de nuestra fe en Jesucristo. ¿Qué es lo que decimos, cuando profesamos «Creo en Jesucristo»?

II. LA CUESTIÓN ACERCA DE JESÚS

Una pregunta que hemos de hacernos, aunque a primera vista parezca ingenua, es si podemos conocer a Jesús de Nazaret. La pregunta es esencial. Es cierto que contamos con los evangelios donde se nos narra la vida, muerte y resurrección de Jesús; pero estos testimonios hablan desde la fe de los discípulos en el Maestro. La cuestión que surge inmediatamente es saber si ellos aciertan a transmitirnos realmente lo que ocurrió con Jesús.

En el siglo XVIII, a raíz de la pregunta por el conocimiento de Jesús de Nazaret, surge toda una investigación acerca de los evangelios y la persona de Jesús de Nazaret. Había ciertas sospechas en algunos al afirmar que el Jesús que describen los evangelios no es el mismo que el Jesús histórico. Aunque estos estudios hacen progresar la investigación sobre Jesús, también es cierto que las distintas líneas proyectan sobre Él toda la subjetividad de quien investiga, habla o escribe. Escribe J. Gnlika: «Lo imparcialidad y libertad de prejuicios, de la que tanto se jactaban los investigadores, raras veces se vio tan descuidada como en esta cuestión. Las imágenes de Jesús proyectadas; y no menos las que se debían a 'ilustrados', muestran en alto grado rasgos subjetivos. Muchos descubrieron en el supuesto Jesús histórico la imagen que ellos mismos se habían formado de él. »

Vamos a analizar, brevemente, la historia de la investigación sobre Jesús. Daremos unas pinceladas de las más importantes etapas y autores de las mismas.

PARA ENTENDER LOS EVANGELIOS...

Antes de introducirnos en la historia de la investigación sobre Jesús, me parece oportuno ofrecer unas breves notas en torno a los evangelios para que podamos entender mejor lo que a continuación expondremos. ¿Cómo podemos leer los evangelios? ¿Cuál puede ser nuestro acceso a ellos?

Hay tres puntos de vista desde los cuales podemos acceder a los evangelios:

1. Los evangelios como fuentes históricas

Si éste es nuestro acercamiento, la primera pregunta que surge es ¿qué parte de los mismos son historia? Y ¿qué parte no lo son? En otras palabras, todo lo que nos cuentan los evangelios ¿sucedió así? No podemos considerar los evangelios, sin más, como obras históricas en el sentido de que todo lo que relatan haya sucedido así. Ellos dan testimonio sobre la historia de Jesús, están basados en datos reales. No buscan la invención ni la fantasía, sino que ofrecen una rica información sobre el tiempo de Jesús.

2. Los evangelios como obras literarias

Este es otro acercamiento a los evangelios, es decir, analizarlos como una obra literaria en la que podemos apreciar sus valores, su mensaje, preguntar sobre su autoría (autores), si estos autores fueron testigos oculares de lo que narran, para quién escriben, por qué lo hacen, etc.

3. Los evangelios como escritos teológicos

Una tercera lectura de los evangelios es como norma de nuestra fe. El cristiano considera los evangelios como escritos que transmiten una palabra desde la autoridad a nuestra fe. Entonces ¿qué es lo que los evangelios dicen a nuestra fe y vida, leídos desde esta perspectiva?

Hay que subrayar que los tres aspectos mencionados son inseparables. Se interrelacionan entre sí y no podemos desatender ninguno de ellos en el estudio de los evangelios. El mensaje teológico se identifica con el mensaje literario; es decir, sólo percibimos la palabra sobre nuestra fe que comunican los evangelios, si los leemos con el mismo Espíritu con que fueron escritos. Al mismo tiempo, el mensaje sobre nuestra fe que transmiten tampoco es independiente de la historia que narran y de la que son testigos. Nos transmiten la historia de Jesús; pero no la pura historia de Jesús, sino la historia que ha desvelado el significado de su persona. Los evangelios transmiten esa historia de Jesús interpretada por la comunidad creyente, y nosotros los creyentes vemos en esa interpretación el testimonio de la interpretación del mismo Dios en esa historia (Cf. Busto Sáiz, J. R., *Cristología para empezar*, Ed. Sal Terrae, pp. 20-24).

III. HISTORIA DEL ESTUDIO CIENTÍFICO DE LOS EVANGELIOS

LOS INICIOS...

A H. S. Reimarus (+1768) se deben los inicios de esta investigación sobre la vida de Jesús. Este autor sostiene que el Jesús que existió realmente en Nazaret y el Cristo que predicaban los evangelios, no

es el mismo. El Jesús de Nazaret habría sido un Mesías político que fracasó en sus pretensiones. Ante el fracaso producido por la muerte del Maestro, y al no cumplirse la instauración del Reino esperada por Jesús, Reimarus, a modo de novela policíaca, expone que los discípulos desilusionados por tal fracaso robarían el cadáver de Jesús y difundirían la idea de la resurrección de Jesús entre el pueblo.

La concepción de Reimarus está impregnada de un racionalismo absoluto en donde todo lo que sepa a sobrenatural queda marginado como imposible y absurdo. Aunque su posición no tiene un rigor y valor crítico, a él se le debe, no obstante, el haber planteado el problema sobre el conocimiento de Jesús, es decir, ¿es el mismo el Jesús histórico y el Cristo de la fe predicado por la Iglesia?

Una vez abierto el problema, será D. F. Strauss el que retoma la cuestión años después. En su obra en dos volúmenes: *Vida de Jesús*, presenta a Jesús como un ser mitológico. Strauss no niega el trasfondo histórico de Jesús, lo que realiza es una distinción entre el Cristo histórico y la imagen ideal que el hombre ha hecho de ese Cristo histórico.

LA TEOLOGÍA LIBERAL...

Ante esta ruptura entre el Jesús histórico y el Cristo de la fe, la teología se siente urgida a retomar caminos para su unión. Esto es lo que se intenta durante el siglo XIX con estudiosos que pertenecían a la llamada escuela liberal. El lema de esta teología liberal estribaba, especialmente, en la vuelta al hombre Jesús para arrancarle de las malas interpretaciones. ¿Cómo entiende esta teología a Jesús? El acento lo ponen en la moralidad. Jesús es el maestro de vida moral. Por consiguiente, intentarían conocer el mensaje de Jesús desde esta clave interpretativa. Era necesario saber qué enseñó y cómo fue su vida.

Durante esta época brotan infinidad de vidas sobre Jesús. Sin embargo, el balance de esta época es descorazonador y el fracaso absoluto. En estos libros sobre la vida de Jesús aparecen las imágenes más vanadas, opuestas y paradójicas de Jesús. Dirá A. Schweitzer que «es así como cada una de las épocas siguientes de la teología encontró en Jesús sus ideas, sin poder revivirlo de otro modo. En él se veían no sólo las épocas, sino que cada uno se hizo un Cristo a su imagen». Los racionalistas veían en Jesús el predicador moralista; los idealistas, la personificación de la humanidad; para los estetas era el genial artista de la palabra; los socialistas veían en él al amigo de los pobres y al reformador social; los pseudocientíficos lo convierten en personaje de novela.

Los dos grandes representantes de esta etapa, A. Schweitzer y A. Harnack reconocerán el resultado negativo de estos estudios. El primero llegará a afirmar que nada podemos saber sobre Jesús. Después de profundos estudios, este profesor de

Nuevo Testamento se embarcó hacia África a curar leprosos. A. Harnack escribirá el famoso y aplastante libro *Vita Iesu scribi nequit* (Es imposible escribir la vida de Jesús). Desde el punto de vista histórico nada podemos saber sobre Jesús, concluirá en sus estudios.

LA TEOLOGÍA EXISTENCIAL...

El iniciador de esta nueva corriente es M. Kähler. La posición de este autor está marcada por el fideísmo. Afirma que la fe cristiana no puede depender de juicios mutables y subjetivos que provee la investigación científica. Sin embargo, el gran representante de esta teología es R. Bultmann. Para él, el intentar investigar sobre la vida de Jesús es una tarea que no merece la pena. No interesa, según su pensamiento, saber quién es Jesús. Lo importante es creer en Jesús como el Cristo. La fundamentación histórica ni existe ni interesa. El fundamento de la fe es la misma fe. Para Bultmann (como buen protestante), la fe se juega en la existencia presente del ser humano, no en una historia pasada e irrelevante. En la predicación del Evangelio es Dios mismo el que de nuevo hoy me interpela, me interroga para que cambie de vida y comience una nueva existencia.

LA NUEVA BÚSQUEDA DEL JESÚS HISTÓRICO...

A partir de 1950, un discípulo de Bultmann, Conzelmann y otros muchos teólogos (protestantes y católicos), retoman la cuestión del Jesús histórico. Este autor afirma que, aunque los evangelios no son totalmente obras históricas, sí podemos encontrar en ellas lo suficiente para saber quién fue Jesús y qué hizo. En esta nueva época se abre paso la declaración, cada vez más afianzada, de que sí es posible conocer algo sobre Jesús y que no es mera anécdota. Hoy día, este estudio sobre la historia de Jesús no ha concluido. Nuevas investigaciones y nuevas personas se esfuerzan por seguir conociendo quién es Jesús de Nazaret

¿QUÉ PODEMOS CONCLUIR? A MODO DE SÍNTESIS...

Hemos analizado los distintos estadios de la reflexión en torno al conocimiento del Jesús histórico: desde el primer grito jubiloso que afirmaba que íbamos a saberlo todo sobre Jesús, hasta el polo opuesto que concluía que nada podíamos saber de Jesús. Así hemos llegado hasta mediados del siglo XIX donde, de nuevo, se han levantado las voces (con más madurez y prudencia) que constatan que podemos saber algo sobre Jesús.

En primer lugar, tenemos que decir que la historia de Jesús no es irrelevante para la teología, como algunos de los autores anteriores han puesto de manifiesto, sino que es muy importante para la fe. La persona de Jesús es el centro de nuestro pensamiento y de nuestra fe.

En segundo lugar, el problema del Jesús histórico y el Cristo de la fe, no es un problema meramente histórico, sino que afecta a la teología. Por consiguiente, sí interesa la persona histórica de Jesús. Nos interesa saber no sólo que murió, sino por qué murió, por qué lo mataron, por qué vivió así, por qué su muerte y resurrección tienen un alcance tan universal y perenne en la historia de la Iglesia y de la humanidad.

En tercer lugar, los estudios de los siglos XVIII al XX han permitido que conozcamos más y mejor a Jesús de Nazaret y cómo fue predicado por las primeras comunidades. Ese conocimiento nos ayuda a transmitir mejor la Buena Noticia de Jesucristo en nuestros días.

En cuarto lugar, afirmamos con rotundidad la continuidad personal entre el Jesús de la historia y el Cristo de la fe. Y a éste es al que la Iglesia ha predicado y transmitido a lo largo de los siglos. La fe no es un mito sin fundamento histórico y racional. Al mismo tiempo, la historia no es el espacio de acontecimientos en el seno exclusivo del mundo, sino el lugar del diálogo de Dios con el hombre.

IV. JESUCRISTO, HIJO DE DIOS

El Nuevo Testamento y la historia posterior ofrecen muchas respuestas a la pregunta por Jesús. Se le llama Cristo (Mesías), Profeta, el Hijo del hombre, el Siervo de Dios, el Salvador, el Señor (Kyrios), el Hijo de Dios. Nos damos cuenta de que todo título se queda corto para expresar quién es Jesús, que trasciende toda formulación y esquema humano. Sin embargo, en el Nuevo Testamento se va imponiendo el título de Hijo de Dios sobre los demás. San Pablo lo resume en la fórmula: «Evangelio de Dios sobre su Hijo» (Rom 1,3. 9; 2Cor 1,19; Gal 1, 16). E incluso el mismo san Marcos inicia su evangelio: «Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios» (1,1).

Aunque Jesús nunca se aplicó los títulos de Mesías ni de Hijo de Dios, lo que sí está claro es que Él pretendió hablar y actuar en nombre de Dios. La Iglesia interpreta la persona y el destino de Jesús como Hijo de Dios a la luz de su vida, muerte y resurrección. La historia de Jesús es interpretada como la historia de Dios. La Iglesia llega a explicitar, de manera concreta, la filiación (Jesús, Hijo de Dios) a través de su historia vivida. En ella, Jesús ha vivido como hijo, ha orado como hijo y ha obedecido como hijo. La resurrección es otro de los elementos decisivos. A diferencia de los profetas, Jesús es resucitado por Dios Padre. La categoría de Hijo para Jesús recogería lo que con otros títulos no se podía: la novedad, perfección y definitividad de la obra y persona de Jesús. Así, llamar a Jesús Hijo de Dios, apuntaba a la forma de relación suprema de Jesús con Dios, que ni antes se había dado ni se dará después.

En Jesús, Dios se ha revelado y comunicado de una manera única, incomparable y definitiva. Esta

manifestación insuperable de Jesús se había producido en su propia vida terrena: con su autoridad y libertad que le manifiestan como único fundamento legitimador. Jesús trasluce con su actuación y su palabra una igualdad de poder, presencia, revelación y donación con Dios Padre. Esto es lo que posteriormente el Concilio de Nicea recogerá y denominará con una palabra: consustancialidad (de la misma sustancia que el Padre). Se proclama así, la igualdad de vida y de ser entre Jesús y el Padre. No es un dios menor, semejante o parecido al Padre. El Padre y el Hijo tienen la misma esencia. Dios no está detrás de Jesús, sino en Jesús.

En Jesús vemos al Padre y descubrimos (revela quién es el Padre) a Dios: «Todo me ha sido entregado por mi Padre. Nadie conoce al Hijo sino el Padre. Ni nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiera revelarlo» (Mt 11, 27). En Jesús, pequeño y pobre, el Padre le ha dado autoridad para revelarlo todo, incluso esa relación entre el Padre y el Hijo.

El atributo Hijo de Dios recibe explicación a partir de la cruz y la resurrección de Jesucristo. A continuación vamos a explicar ambas categorías.

HIJO DE DIOS EN LA RESURRECCIÓN

En la resurrección de Jesús, Dios se manifiesta como el todopoderoso. Jesús es el primero de los resucitados. Su resurrección es el acontecimiento definitivo. Es Dios el protagonista de esta acción, de la resurrección del Hijo. La resurrección manifiesta quién es Dios y hasta dónde llega su fidelidad para con el hombre, con el mundo y con su Hijo. La resurrección es la confirmación por parte del Padre, de la vida, persona, misión y mensaje del Hijo.

El Crucificado es el Resucitado y el Resucitado es el Crucificado. Dios Padre exalta a su Hijo por su fidelidad y su entrega incondicional. La resurrección de Jesús revela la acción definitiva de Dios a favor de su Hijo y de los hombres. La resurrección de Jesús revela y realiza lo que Jesús predicó: el Reino de Amor, el Reino de Dios.

La resurrección significa que la obediencia de Jesús llega adonde pretendía: a Dios y que Éste acepta y lleva a Jesús hacia sí. La cruz y la resurrección de Jesús, íntimamente unidas, forman la Pascua del Señor.

HIJO DE DIOS EN LA CRUZ

Para los primeros cristianos, la cuestión decisiva va a ser la superación del escándalo de la cruz, la crucifixión de Jesús. Así, al inicio de la predicación muestran la cruz como voluntad y acción de Dios. Con ello se pretendía afirmar que la cruz no es un absurdo, sino que en ella está encerrada la voluntad de Dios para con el hombre. En ella se sintetiza todo el hablar y el hacer de Dios en el Antiguo Testamento.

La cruz se sitúa en los planes de Dios y en el centro de la historia del mundo. En ella encontramos el significado de quién es Dios y qué es el mundo. Es revelación de Dios mismo.

Aunque aparentemente parece ser obra de los hombres, es decir, los hombres son los actores y los culpables de ese evento, la cruz es autoría exclusiva de Dios. Y aquí surge la paradoja en el hombre. Normalmente pensamos en Dios como todopoderoso, glorioso, lleno de fuerza. Sin embargo, Dios pasa por lo que es despreciado de todos, por lo más repugnante para el hombre, por la insignificancia, por la cruz. De esta manera, Dios manifiesta su poder en la impotencia; su señorío en la esclavitud y su vida en la misma muerte. Esto es lo que se denomina en teología como kénosis, es decir, el autovaciamiento de Dios. En la debilidad y el escándalo se presenta la fuerza y sabiduría de Dios. Dios carga con nuestra debilidad haciéndose Él débil, y de esta forma nos libera.

La cruz muestra el amor de Dios que supera toda comprensión: «<Tonto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo unigénito» (Jn 3,16). En la cruz se resume el mensaje de Jesús, el reino de Dios predicado por Jesús. Reino y mensaje de amor profundo, entregado e ilimitado de Dios por el hombre. Amor que transforma la historia y el mundo. Amor que unifica y reconcilia todo en Cristo.

Por ello, afirmar sólo un Dios de gloria no es concepción cristiana. Es, de hecho, exclusivamente concepción religiosa. El Dios que manifiesta Jesús no es el Dios del poder y la omnipotencia, sino el Dios de la impotencia y del sufrimiento ilimitado. Y ahí, precisamente ahí, es donde revela el amor de Dios, quién es Dios y qué es el hombre. Ahí es donde manifiesta Dios su grandeza, su ser Dios, el Amor.

Jesucristo manifiesta un nuevo rostro de Dios, el auténtico rostro de Dios. No es el Dios poderoso, sino humillado. No es el Dios infinito, sino el que pide y llora a nuestras puertas. No es el Dios eterno, sino el que se hace uno de nosotros en todo menos en el pecado. Es el Dios a merced de nosotros, los hombres. Aquel que cuelga en el madero solo y abandonado de todos. Es el Dios necesitado de mí. Nosotros solemos imaginar y pensar a Dios como alguien inmutable e impertérrito que está simplemente para concedernos cosas: que supere el examen, que no se muera mi amigo, que me libre de la enfermedad o de la muerte. Es el Dios que queremos que nos ayude y si no nos enfadamos con Él. ¡Qué imagen de Dios tan lejana e injusta por nuestra parte! Y, sin embargo, Dios se presenta en nuestras vidas como el necesitado. Él es el que nos pide: «No es Dios el que tiene que evitar el dolor del hombre en la historia, sino que es el hombre el que tiene que evitar el dolor de Dios en la historia» (González Faus).

PARA EL DIÁLOGO

- Por Cristo y en Cristo, todos somos hijos de Dios y estamos invitados a recorrer su experiencia de vida ¿Te sientes hijo de Dios?
- Es Jesús el que pide a nuestra vida, el que se siente desvalido y necesitado. ¿Qué estás dispuesto a darle? ¿Vives con reservas en tus decisiones?

V. JESUCRISTO, HIJO DEL HOMBRE

El Nuevo Testamento presupone con toda naturalidad que Jesús fue un hombre verdadero. Al igual que cualquier hombre, nació de una madre humana, tuvo hambre, sed, cansancio, alegría, tristeza, amor, dolor, etc. Sin embargo, los evangelios se detienen poco en estas realidades humanas porque su objetivo es presentar el significado salvífico de este verdadero ser hombre. Por ello ponen el centro de su interés en afirmar que en Él, Dios ha hablado y actuado de una manera definitiva y única.

Jesucristo es nuestro hermano, «igual en todo a nosotros, menos en el pecado». Un hombre como nosotros pero un hombre distinto a nosotros. El hombre nuevo del que habla san Pablo es Jesús de Nazaret. La diferencia de Jesús con los restantes hombres no hemos de verla únicamente en su divinidad (su ser Dios), sino también en su humanidad (en su ser hombre). Con ello no queremos decir que Jesús sea un superhombre (se humilla y abaja) ni tampoco un dios intermedio o menor. Es más, Jesús no se presenta como un héroe, genio o fundador de una religión. Jesús propone la comunión con Dios y le revela en su propia vida.

Al igual que Jesús, revela el rostro de Dios. En Jesús vemos a Dios Padre. El mismo Jesús revela quién es el hombre. El camino para llegar a Dios es Cristo («Camina por Cristo-Hombre para llegar a Cristo-Dios», se nos amonesta en el ritual agustiniano de profesiones). Pero del mismo podemos afirmar que para llegar al hombre, para conocer al hombre, para ser auténticos hombres, el camino es Jesucristo. Comenta san Agustín: «Jesucristo, permaneciendo junto al Padre, es la verdad y la vida; al vestirse de carne se hace camino» (Tratados sobre el Evangelio de San Juan, 34, 9). En Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre descubrimos la humanidad perfecta y la divinidad perfecta a las que estamos llamados cada uno de nosotros.

Jesús ha vivido cumpliendo la voluntad del Padre. Esa voluntad al Padre es la fidelidad mostrada por Jesús a lo largo de toda su vida. Jesús vive amando incondicionalmente, hasta el extremo de dar la vida. El sentido de la historia, de la creación y del hombre, está en el amor de Dios. Un amor que se ofrece gratuito y libre. Y un amor que se ofrece a todos sin exclusión de nadie. Dios hace llover sobre todos, justos e injustos. Dios derrama sus gracias

sobre todos los hombres. Jesús manifiesta en su vida el amor de Dios.

Al afirmar que Jesús es el auténtico hombre, el verdadero hombre como leemos en los primeros concilios de la Iglesia, ¿qué ocurre con el pecado? ¿No es el pecado algo que pertenece a nuestra naturaleza? ¿Por qué afirmamos que Jesús es igual a nosotros en todo, menos en el pecado? ¿Es menos hombre por esto? A veces nos acostumbramos a vivir con realidades que no pertenecen a nuestra naturaleza. Esto ocurre con el pecado. El pecado es precisamente lo que nos hace inhumanos, es decir, lo que nos impide ser hombres auténticos. Por ello Jesucristo es el Hombre. En Él se realizó la verdadera y perfecta naturaleza humana, porque no hubo pecado. El pecado nos aparta de lo que somos y de lo que estamos llamados a ser: hijos de Dios. El pecado es la ruptura, la negación y la destrucción de la realidad creada por Dios. El pecado es la oposición del ser humano a su realidad como criatura. La ausencia de pecado en Jesús nos está diciendo acerca de nuestro verdadero ser: imagen de Dios. La vida de Jesús nos habla de comunión indisoluble con Dios, confianza de quien escucha y obedece la voluntad creadora y salvadora de Dios.

El Cuerpo de Cristo es la creación porque Dios ha asumido nuestro ser creatural. De este modo, nuestra relación con Dios pasa por la relación con la creación, con su Cuerpo. Asimismo nuestra relación con la creación es relación con Dios. Hacer algo a la creación es hacerlo a Dios: «Cada vez que lo hicisteis con un hermano mío de esos más humildes, lo hicisteis conmigo» (Mt 25, 40). Si no soy capaz de relacionarme con la creación, las personas, lo que me rodea, me será imposible relacionarme con Dios. No sirve decir que amas a Dios muchísimo si no era capaz de amar al hermano que tienes al lado, porque precisamente en ese hermano está Dios.

EL HOMBRE CON NOSOTROS Y PARA NOSOTROS

Jesús vivió en la confianza al Padre. Desde esta confianza y libertad procedentes de Dios, Jesús es el hombre enteramente con los otros y para los otros. Sorprende el amor radical de Jesús para con el prójimo y los enemigos. Jesús muestra que nuestro mundo y nuestra realidad pueden ser de otro modo, pueden cambiar. Es posible un amor solidario que nada ni nadie pueden romper. Y esto es posible, sólo es posible, desde Dios. Así es como vivió Jesús, conocedor y lleno del amor de Dios. Dios era todo en Él y desde aquí pudo abrirse a todas las criaturas. Jesús hace de su vida un existir para los demás que nace de su relación con Dios. Y todos nosotros estamos llamados a vivir nuestra existencia como Jesús vivió: en comunión con Dios Padre, en solidaridad con los hombres, en fidelidad a la voluntad de Dios, en amor incondicional a Dios y a los hombres.

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Qué pecado has de eliminar de tu vida para ser auténtico hombre?
- ¿Reconoces el pecado en tu vida? ¿Qué haces para caminar hacia Dios?
- ¿Vives tu vida como existencia para los demás o sólo te encierras en ti mismo, en tus gustos y apetencias?

VI. JESUCRISTO, MEDIADOR ENTRE DIOS Y LOS HOMBRES

Las cuestiones fundamentales acerca de Cristo son su historia, su persona y su obra. Al preguntar sobre quién es Cristo, respondemos analizando su forma de vivir y de morir, la identidad profunda de su persona y lo que significó entonces, así como las repercusiones que su persona, su mensaje y su persona han tenido a lo largo de cada siglo para los hombres. Queremos conocer a alguien volviendo la mirada a su vida, viendo lo que ha dado de sí y las implicaciones de su existencia en la historia. Hay personas cuya existencia se reduce al marco inmediato de su vivir. Sin embargo, otras personas tienen un mayor influjo. Y otras, muy pocas, su influencia y su persona determinan, de manera decisiva, toda la historia humana. Jesucristo ha aportado a la historia algo decisivo (y no de carácter político o científico) sino teológico. La Iglesia lo ha expresado afirmando que Cristo es el Salvador porque es el Mediador entre Dios y los hombres.

La primera pregunta que debemos hacernos es qué entendemos por mediación de Jesucristo entre Dios y nosotros los hombres. Nuestra fe profesa que Jesucristo es el único mediador.

En primer lugar, al decir que Jesús es mediador entre Dios y los hombres, afirmamos que Él es el puente necesario para que lleguemos a descubrir nuestra verdadera y auténtica identidad como hombres. Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, nos descubre y desvela hacia dónde está orientado nuestro ser.

En segundo lugar, proclamamos que Jesucristo es el cimiento de nuestro amor y esperanza. En Jesucristo encontramos la razón de nuestro ser y de nuestro vivir y el que posibilita que nuestra vida tenga sentido para nosotros y para los que nos rodean.

Jesucristo es la mediación necesaria para llegar a Dios. Desde su experiencia de Hijo y desde su resurrección, nos ha mostrado el rostro auténtico y verdadero de Dios: Amor y Padre.

Finalmente, afirmar que Jesús es mediador es reconocerle como el Cristo, el Mesías, el Señor, el Revelador, el Profeta, el Salvador, el Sacerdote y Rey: «Jesús es la piedra que desechasteis vosotros los constructores y que se ha convertido en piedra

angular: La salvación no está en ningún otro, es decir, que bajo el cielo no tenemos los hombres otro diferente de él al que debemos invocar para salvarnos» (Hch 4, 11-12).

Jesús significa Yahvé salva. Jesucristo mismo es la salvación. No podemos caer en la tentación de afirmar erróneamente, como algunos han hecho, que Jesús simplemente enseña o promete la salvación, pero que en ningún caso Él es la salvación.

Sin embargo, al hablar de salvación se plantean distintas cuestiones. Vivimos en un mundo en el que hemos ido perdiendo el valor y el sentido de muchas categorías vitales como pecado, Dios, salvación y otras muchas. Éstas no nos dicen nada o muy poco. El presentismo que vive nuestra época nos ha hecho miopes. No vemos más allá del mero disfrute inmediato. ¿De qué necesitamos ser salvados?, ¿tenemos necesidad de salvación?, ¿cuál es el significado para cada uno de nosotros de la afirmación Jesús te ha salvado? Y un largo etcétera de preguntas que podríamos hacernos personalmente. La salvación sólo es Buena Nueva, Buena Noticia, para aquel que siente una necesidad absoluta y urgente de ella.

VII. SAN ANSELMO Y LA SALVACIÓN

Ha llegado hasta nuestros días la doctrina teológica de San Anselmo de Cantorbery (s. XI). Es una teoría lógica que se centra en el pecado como ofensa a Dios. Ha sido una fórmula de mucho éxito llegando a identificarse con la misma salvación. En su obra ¿Porqué Dios se ha hecho hombre? san Anselmo explica así la salvación.

El hombre necesita satisfacer (la satisfacción consiste en resarcir el daño producido, el perdón de la culpa) a Dios el deshonor producido por el pecado cometido. El perdón será la devolución del honor. Sin embargo, no sirve la mera devolución para compensar el infinito ultraje realizado por el hombre. Necesita algo más. El problema es que el hombre no puede satisfacer esa deuda infinita porque el hombre es finito y no puede ofrecer una satisfacción infinita; pero, al mismo tiempo, es imprescindible devolver el orden.

Dios no renuncia a esa satisfacción ya que sería como si Dios no la pudiese alcanzar. Por consiguiente, Dios tiene que encarnarse y así constituir ese ser infinito que pueda restituir el honor perdido. Y tiene que encarnarse porque, al haber sido cometida por el hombre, debe ser un hombre el que repare la ofensa infinita. Jesús muere y merece la reconciliación del Padre. La muerte de un ser infinito, Jesús, tiene un valor infinito.

No obstante, esta explicación de la salvación que nos ofrece san Anselmo y que se propagó como explicación habitual de la salvación, tiene algunos aspectos que son difíciles de asimilar. Por ejemplo,

el primero de ellos es que Dios exija la muerte de un inocente para reparar la ofensa. Tampoco es muy lógico afirmar que Dios no se hubiese encarnado si no hubiese existido el primer pecado (el de Adán). Sin la ofensa cometida no habría razón para la encarnación y para Jesús, según san Anselmo.

¿QUÉ ES LA SALVACIÓN?

Si estuviéramos en medio del mar en un pequeño bote a merced de todo tipo de peligros, hambre, sed, tiburones y otras muchas adversidades, no necesitaríamos demasiadas palabras para entender lo que sería nuestra salvación. Si avistamos un barco que se acerca a nosotros y el capitán del mismo nos dice: ¡Subid!, que os voy a llevar a tierra firme, os voy a alimentar y curar las heridas. Es muy probable que todos agradecidos le dijésemos: Es usted nuestro salvador, sin usted hubiéramos perecido en estas aguas.

El concepto de salvación tiene dos perspectivas: una negativa que se refiere a una situación desgraciada de la que somos salvados, y otra positiva en la que se nos concede algún bien decisivo.

Para el que se está ahogando, la salvación consiste en ser llevado a tierra; para el enfermo que se muere, la salvación consiste en ser curado. En todas estas situaciones hay una constante que es la vida. Desde el punto de vista cristiano, la salvación es la plenitud de vida o la realización del sentido de la vida humana. Ser lo que tenemos que ser, es decir, hombres.

La creación existe para recibir el amor de Dios y para corresponder sin condiciones a ese amor gratuito de Dios.

El amor se da y se realiza en la libertad; de lo contrario no hay posibilidad de amor. Así la salvación del hombre individual y de la humanidad entera se realiza en la respuesta libre al amor libre y gratuito de Dios. Podemos preguntarnos sobre el significado de la salvación de Jesús para nosotros. Que Jesús nos ha salvado significa que Jesús ha correspondido desde la gratuidad, la libertad y la entrega sin límites, al amor derramado por Dios Padre. Jesús entrega ese amor a toda la creación con el Espíritu Santo, el amor de Dios. Este Espíritu es derramado sobre toda la creación.

Ahora bien, ¿era necesaria la muerte de Jesús en cruz? ¿Quería Dios Padre la muerte del Hijo de esa forma tan escandalosa? Dios no quiere la muerte en la cruz del Hijo. Es Dios de vivos y no de muertos. No podemos atribuir a Dios lo que pertenece a la injusticia de los hombres. Dios Padre exige del Hijo su fidelidad y respuesta libre a su amor incondicional. Sin embargo, esa respuesta que es la encarnación lleva consigo la muerte. Y ¿qué ocurre con la cruz? ¿No había otra forma de salvarnos sin pasar por la cruz? Dios quiere la fidelidad de Jesús a su voluntad. Esa fidelidad a su voluntad y a su amor, en un mundo de pecado acarrea la muerte en cruz.

Todo este desarrollo tiene sus implicaciones en cada uno de nosotros y en la misma humanidad. Todas estas preguntas que hacemos tienen eco en nuestra propia vida. Dios no quiere nuestro sufrimiento como no quiso el sufrimiento del Hijo. Dios no quiere nuestra muerte sino que tengamos vida y vida en abundancia. Dios no quiere la cruz para el hombre, pero ésta se multiplica en cada esquina de nuestro mundo aprisionado por el pecado. Dios quiere de nosotros lo mismo que quiso de Jesús: la fidelidad y el amor libre a su Amor incondicional. Todos conocemos los miles de crucificados de nuestro tiempo por clamar la verdad, por vivir en fidelidad al Mensaje de Jesucristo, por denunciar las injusticias. El pecado del mundo mata a los hombres de buena voluntad que tratan de vivir el amor recibido de Dios. El hombre que responde al Dios de la vida desde la gratuidad y la fidelidad suele acabar en la cruz.

LA SALVACIÓN DEL PECADO

La creación está creada (valga la redundancia) para el amor. Lo opuesto al amor de Dios es precisamente el pecado. El pecado es dar la espalda al amor de Dios. El pecado ha sido vencido en Cristo en la muerte y resurrección de Jesús. Sin embargo, es obvio que el pecado sigue existiendo en el mundo. La falta de amor entre los hombres es patente. Hoy día hay una absoluta pérdida del sentido de pecado. Se oye decir que no existe el pecado. ¿No será que no se vive en el amor, y por ello estamos ciegos para reconocer la existencia del pecado en nuestro mundo y en nosotros mismos? Los grandes santos nos han dado una maravillosa lección en este tema. Cuanto más amor había en ellos, más pecadores se veían y reconocían. Nosotros solemos no reconocer la existencia del pecado y ahí es donde se hace fuerte el pecado. No hay peor enfermo que aquel que no reconoce su enfermedad.

Seremos salvados del pecado cuando lo reconozcamos en nuestras vidas. Cuando percibamos nuestra limitación, nuestras carencias, nuestro pecado. Sólo desde esa situación podremos caminar hacia el amor y responder con fidelidad a aquel que nos ama infinitamente.

LA SALVACIÓN DE LA LEY

La ley no trae la salvación. La ley no es la salvación. La salvación es don gratuito de Dios. El hombre no se gana el cielo por los méritos propios, por la cantidad de oraciones que recite al cabo del día o por las misas a las que asista. La salvación ya se nos ha dado. Dios nos la ha regalado. Cristo ha sido el que lo ha conseguido todo por nosotros. La salvación del pecado nos lleva a reconocer el gran amor de Dios por cada uno de nosotros. Ahora bien, con ello no decimos que tengamos que cruzarnos de brazos esperando la venida final del Señor como si nada. Ese gran amor de Dios en Cristo me urge a moverme y entregarme por los demás como Jesús lo hizo por mí. Mi batalla será la co-

responsencia gratuita a ese amor de Dios en mi vida. Pero este camino no lo hago, vuelvo a repetir, para merecer algo sino que es la respuesta agradecida del hombre al amor y fidelidad de Dios.

«Dicho de otra manera: no nos salvamos por lo que hacemos, sino que hacemos lo que el amor de Dios nos pide, porque estamos salvados» (J. R. Busto Sáiz). No es nuestro amor a Dios el que nos salva, sino que nos salva el gran amor con que Él nos amó. Y, al mismo tiempo, ese amor de Dios nos urge al amor de los hermanos. Aquí, en los hermanos de carne y hueso es donde se hace real el amor de Dios y el amor a Dios. Esto es lo que san Agustín recogía al decir: «No digas que amas a Dios a quien no ves sino amas al hermano a quien sí ves». O, en un texto clásico: «Esto es lo que debemos de pensar, meditar, retener, hacer y practicar siempre: el amor de Dios y el amor del prójimo. El amor de Dios es lo primero que hay que recomendar, pero el amor al prójimo es lo primero que hay que practicar» (Tratados sobre el Evangelio de San Juan, 17, 8).

LA SALVACIÓN DE LA MUERTE

Jesús nos ha abierto un nuevo horizonte al salvarnos de la muerte. Nuestra vida no se cierra en las paredes de este mundo sino que se abre hacia una nueva vida: la vida de Dios. Recordemos que la única virtud teologal que no desaparecerá nunca es el amor (la esperanza y la fe desaparecerán cuando veamos cara a cara a Dios). Este amor de Dios es eterno. Este amor de Dios por el hombre es más fuerte que la muerte. Transciende a la misma muerte. ¿Dónde ha quedado demostrado? En la resurrección de Jesucristo. Como dice la conocida canción de Cesáreo Gabarain: «Tú nos dijiste que la muerte no es el final del camino... » La muerte es el fin de nuestra vida terrena pero no el final del camino, porque comenzamos a participar del Camino de Dios que no tiene fin (Cf. Busto Sáiz, J. R., *Cristología para empezar*, pp. 133-154).

PARA EL DIÁLOGO

- Vivimos en un mundo donde tenemos demasiadas cosas que nos impiden abrirnos a Dios, tener sed de Dios. Sin embargo, nuestro corazón anhela la felicidad, la vida, la alegría. ¿Qué cosas hay en tu vida que te cierran a esas realidades que nos realizan como personas?
- ¿De qué forma concreta respondes al amor incondicional de Dios?
- ¿Cómo amas a tu familia, a tus amigos, a las personas que tienes a tu lado: limitadamente o sin barreras?